

## 8. CÓMO INTERPRETAR LA BIBLIA

"ALGUNOS LIBROS SON PARA SER PROBADOS, OTROS PARA SER tragados, y algunos pocos para ser masticados y digeridos; o sea, algunos son para ser leídos sólo en partes; otros son para ser leídos, pero no por mera curiosidad; y algunos pocos para ser leídos en su totalidad, con diligencia y atención".<sup>1</sup>

Cuando el ensayista inglés del siglo diecisiete, Sir Francis Bacon, escribió estas palabras no estaba pensando sólo en la Biblia. Pero de lo que no queda ninguna duda es que si la amonestación "para ser leído con diligencia y atención" debe ser aplicada a algún libro, este es la Escritura del Antiguo y del Nuevo Testamento, que es la Palabra de Dios. La Biblia es una forma de la revelación que Dios, en su gracia, realiza de sí mismo a los hombres y las mujeres. Debemos tratarla con cariño. Lo que nos impulsa a estudiarla con diligencia será nuestro amor a Dios más un deseo por conocerle mejor para poder obedecer sus órdenes expresas.

Pero aquí se plantea un problema. Si la Biblia es el libro de Dios, que nos fue entregado durante un período de cerca de mil quinientos años por más de cuarenta autores humanos, se trata de algo completamente distinto a cualquier otro libro que alguna vez hayamos visto. Los principios de estudio a seguir, por lo tanto, debieran ser diferentes. ¿Deberán ser diferentes? Si es así, ¿cómo deberán ser? ¿Deberíamos considerar a la Biblia espiritualmente -es decir, en un sentido místico o mágico? Los que encaran la Biblia de esta manera suelen acabar persuadidos de forma extraña e irracional. ¿O, más bien, deberíamos leerla de una manera puramente natural -es decir, como leeríamos cualquier otro libro? Este último curso parece ser el apropiado, pero es también el propósito del criticismo naturalista que hemos criticado tan enfáticamente. ¿Cuál debería ser el enfoque del lector cristiano o del académico cristiano?

Las respuestas las encontramos en las cuatro verdades más fundamentales sobre la Biblia, las que ya hemos cubierto en los capítulos anteriores: (1) la Biblia tiene un verdadero autor, Dios; (2) la Biblia nos fue entregada por canales humanos; (3) la Biblia tiene un propósito unificador, el llevarnos a un conocimiento obediente y reverente del verdadero Dios; y, (4) para entender la Biblia necesitamos de la actividad sobrenatural del Espíritu Santo, cuya tarea consiste en interpretar las Escrituras. Los principios esenciales para estudiar la Palabra de Dios están implícitos en estas cuatro proposiciones.

### UN LIBRO, UN AUTOR, UN TEMA

Primero, la Escritura tiene un solo autor, Dios. Si bien es cierto que la Biblia llegó a nosotros por medio de canales humanos, más importante resulta el hecho que la Biblia en su totalidad y en cada una de sus partes proviene de Dios. Superficialmente, una persona puede considerar a la Biblia como una colección miscelánea de escritos, en cierto modo encadenados por los accidentes de la historia. Pero la Biblia no es sólo una colección. Como lo afirma J. I. Packer es "un solo libro con un solo autor -Dios el Espíritu, y un solo tema -Dios el Hijo, y los propósitos salvíficos del Padre, que giran en torno a él".<sup>2</sup>

La autoría de la Biblia nos conduce a dos principios de interpretación: el principio de la *unidad* y el principio de la *no contradicción*. Juntos significan que si la Biblia es verdaderamente de Dios y si Dios es un Dios de verdad (como lo es), entonces, (1) las distintas partes del libro deben complementarse mutuamente para contar una historia, y (2) si dos partes parecen estar en oposición o ser contradictorias, nuestra interpretación de una de esas partes o de ambas debe ser errónea. Podemos hasta decir que si un académico está malgastando sus esfuerzos para remarcar las contradicciones del texto bíblico y no las trasciende para demostrar cómo pueden ser resueltas, no está demostrando ni su sabiduría ni su honestidad, sino más bien su fracaso como intérprete de la Palabra de Dios.

Muchos podrán afirmar que intentar encontrar unidad donde, según ellos dicen, no hay unidad es ser deshonestos. Pero el problema es en realidad uno de interpretación y presuposiciones.

Podemos tomar el tema de los sacrificios como un ejemplo. Todos reconocen que aunque los sacrificios juegan un papel importante en el Antiguo Testamento, luego no son enfatizados en el Nuevo Testamento. ¿Por qué es esto? ¿Cómo debemos considerarlos? Y aquí alguien propone su idea de una conciencia religiosa evolutiva. Presupone que los sacrificios fueron importantes en las formas religiosas más primitivas; que deben ser explicados por el temor que los individuos sentían hacia los dioses o hacia Dios. Dios es imaginado como

un ser caprichoso, una deidad vengativa, a quien los adoradores buscan aplacar con un sacrificio. Esto parece ser la idea general del sacrificio en las religiones paganas de la antigüedad. Se supone que también es así para la religión de los antiguos pueblos semitas.

Con el tiempo, sin embargo, dicha concepción primitiva de Dios da lugar a un concepto más evolucionado sobre él. Dios es visto ahora no tanto como un Dios de ira y de antojos caprichosos, sino como un Dios de justicia. Y entonces la ley comienza a tener un sitio más prominente, para finalmente acabar reemplazando el sacrificio del centro de la religión. Por último, los adoradores alcanzan el concepto de Dios como un Dios de amor y, llegado este punto, el sacrificio desaparece por completo. Quienquiera que piense de esta manera podría fijar el punto de giro en la venida de Jesucristo y sus enseñanzas. Por lo tanto, hoy en día consideraría que tanto los sacrificios, como la idea de la ira de Dios, son conceptos anticuados, ya superados.

Por el contrario, otra persona (un evangélico estaría dentro de esta categoría) podría acercarse al material con unas presuposiciones completamente distintas y, por lo tanto, produciría una interpretación completamente diferente. El, o ella, comenzaría tomando nota que el Antiguo Testamento realmente nos dice bastante sobre la ira de Dios. Pero se daría cuenta que este elemento apenas es eliminado en la medida que se recorre la Biblia, y ciertamente no es eliminado en el Nuevo Testamento. Es uno de los temas importantes de Pablo, por ejemplo. Surge con claridad en el libro de Apocalipsis, donde leemos sobre la justa ira de Dios que finalmente se derrama contra los pecados de una raza rebelde e incrédula. Con respecto propiamente a los sacrificios, es cierto que las iglesias del Nuevo Testamento no realizan más los sacrificios detallados del sistema del Antiguo Testamento. Pero su desaparición no es porque una concepción primitiva de Dios haya evolucionado para convertirse en una concepción más avanzada, sino porque el gran sacrificio de Jesucristo completó y puso fin a todos los sacrificios, como sostiene la epístola a los Hebreos.

Para dicha persona la solución no se encontrará en una concepción evolutiva de Dios; para dicha persona, Dios es siempre el mismo -un Dios de ira hacia el pecado, un Dios de amor hacia el pecador. La solución se hallará en la revelación progresiva que Dios hace de sí mismo a la humanidad, una revelación en la cual el propósito de los sacrificios (para los cuales Dios da instrucciones explícitas) es enseñar la naturaleza grave del pecado y la manera en que Dios siempre se propuso salvar a los pecadores. Los sacrificios del Antiguo Testamento señalan a Cristo. Juan el Bautista puede decir, refiriéndose a una parte del sistema de sacrificios de la vida antigua judía que todos podían comprender: "¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!" (Jn. 1:29). Y Pedro puede escribir: "sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación" (1 P. 1:18-19).

En este ejemplo, como en todos los demás casos de interpretación bíblica, la información es la misma. La única diferencia es que una interpretación se acerca a las Escrituras buscando contradicciones y desarrollo; la otra interpretación, en cambio, se acerca a las Escrituras creyendo que Dios las ha escrito y por lo tanto en busca de unidad, permitiendo que un pasaje ilumine a otro pasaje. La Confesión de Fe de Westminster afirma: "La regla infalible para la interpretación de la Escritura es la Escritura misma: y por lo tanto, cuando hay alguna incógnita sobre el verdadero y cabal sentido de una parte de la Escritura (que no son varias sino una sola) debe buscarse y ser comprendida mediante otras partes que hablan con más claridad"(I, ix).

## **EL FACTOR HUMANO**

Una segunda verdad sobre la Biblia es que nos ha sido legada mediante canales humanos, si bien Dios es la fuente originaria de las Escrituras. Este factor humano no significa que la Biblia entonces está sujeta a error, como casi todos los libros humanos lo están. Significa, empero, que todos los principios fundados de interpretación deben ser usados para estudiar la Biblia, de la misma manera que se usarían para estudiar cualquier otro documento antiguo. El camino a la mente de Dios es mediante la mente del autor humano, a quien él utilizó como canal. En consecuencia, la única manera apropiada para interpretar la Biblia es descubrir lo que los portavoces humanos de Dios querían expresar.

Es necesario que cualquier interpretación considere cada afirmación bíblica en su *contexto*; o sea, dentro del contexto del capítulo, del libro y, por último, de toda la Palabra de Dios. Entender el contexto es una

necesidad obvia para la interpretación de cualquier documento. Una afirmación expresada fuera de su contexto suele ser equivocada. Pero en especial, debemos estar en guardia de no caer en este error al interpretar la Biblia; ya que las personas que creen en la Biblia tienen las palabras de las Escrituras en tan alta estima que algunas veces las elevan en detrimento del contexto. Frank E. Gaebelien, el autor de un valioso libro de interpretación bíblica, dice:

Al reconocer que la Biblia es la Palabra inspirada por Dios, el lector devoto le asigna una importancia peculiar a cada una de sus afirmaciones. Esta reverencia es digna de encomio, pero cuando se reduce a la práctica de tomar versículos aislados como prueba de cualquier cosa, se convierte entonces en algo positivamente peligroso. Si este fuera un método serio de interpretación, sería posible encontrar apoyo bíblico para casi todos los crímenes habidos y por haber, para las borracheras y los asesinatos, para la mentira y el engaño.<sup>3</sup>

La Biblia misma nos habla de la necesidad de una interpretación adecuada. "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad" (2 Ti. 2:15). En este versículo la palabra traducida "que usa bien" significa literalmente "que corta derecho" o "que usa correctamente".

También tenemos necesidad de considerar el *estilo* del material y luego interpretarlo dentro de ese marco. Las consideraciones de estilo son de particular importancia al estudiar la literatura poética, como el libro de los Salmos, el de Proverbios, Job y aun partes del material profético. Los libros poéticos suelen emplear con frecuencia símbolos o imágenes; estas metáforas pueden malinterpretarse si son tomadas literalmente. El Apocalipsis no debe ser tomado literalmente en todas sus partes como, por ejemplo, la visión de Jesús en los versículos iniciales. El resultado de una interpretación literal es una monstruosidad; tendríamos una figura que es completamente blanca, que tiene cabello como la lana, los ojos como fuego, los pies como bronce caliente y refulgente, una espada que sale de su boca, con siete estrellas en su mano derecha. Por otro lado, cuando descubrimos que cada uno de estos elementos tiene una imagen asociada con Dios en el Antiguo Testamento, entonces la visión nos brinda un retrato de Jesús como siendo uno con Dios el Padre en todos sus atributos: santo, eterno, omnisciente, omnipresente, revelador y soberano.

El estilo también es significativo en las parábolas del Nuevo Testamento. El uso de las parábolas era un método especial de enseñanza y así es como debe ser reconocido. Una parábola suele servir para ilustrar uno, o como mucho, unos pocos puntos principales. En consecuencia, es un error encontrar una aplicación para cada detalle de la historia. Por ejemplo, resulta ridículo intentar asignarle un significado a las algarrobas, los cerdos y otros detalles de la historia del hijo pródigo.

En tercer lugar tenemos necesidad de considerar el *propósito* para el cual un pasaje en particular fue escrito. En otras palabras, debemos considerar su alcance. Gaebelien escribe:

La Biblia tiene un único gran propósito. Nos fue entregada para revelar el amor de Dios manifestado en la provisión divina de la salvación mediante nuestro Señor Jesucristo. Este es su objetivo, y una interpretación sería nunca debe perder de vista este objetivo. En consecuencia, es un error serio y equívoco considerar la Biblia como una fuente de estudio para la ciencia, la filosofía, o cualquier otro tema que no sea el tema central de la Deidad en relación con la humanidad. Después de todo, la Escritura tiene su propio alcance, un alcance que está determinado no por los escritores individuales, aunque fueron inspirados, sino por el Autor divino de todo el libro. No se puede pretender que la Biblia se expida en todos los campos del conocimiento fuera del alcance delineado por el propósito divino del libro.<sup>4</sup>

Esto se puede aplicar obviamente a las referencias que parecen haber molestado tanto a Rudolf Bultmann, donde se supone que el cielo está "allá arriba" y el infierno "debajo" de nuestros pies. Nuevamente aquí, debemos considerar el propósito y el alcance de la Biblia en aquellos pasajes sobre los huesos que gimen, las entrañas que añoran, los riñones que instruyen y los oídos que juzgan. Se suele decir que estas referencias revelan una noción equivocada del universo y de la fisiología humana, pero esto es absurdo. Lo único que muestran es que los escritores bíblicos escribieron en el lenguaje de su época, para poder ser entendidos. Su uso de tales expresiones no es menos científico que expresiones tales como "flotar en el aire", "tengo un nudo en mi garganta", "en lo profundo de mi corazón" y otras.

No siempre es fácil determinar cuando un pasaje está usando un lenguaje literal y cuando está utilizando un lenguaje figurativo, por supuesto; entonces, debemos ser muy cuidadosos. Lo primordial es ser conscientes del problema y buscar conscientemente el verdadero alcance del pasaje. Al seguir este propósito

podemos hacernos preguntas tales como las siguientes: ¿para quién fue escrito? ¿quién lo escribió? ¿cuándo fue escrito? ¿qué es lo que dice?

Una cuarta necesidad la constituye el prestar toda la atención posible al *significado de las palabras individuales*. Es posible que Dios pueda pensar sin palabras u otros símbolos, pero es bien cierto que no es así en nuestro caso. Como consecuencia, el significado de las palabras y el uso individual de ellas es de suma importancia. Cuando no las tomamos en consideración, inevitablemente malinterpretamos.

Es obvio que los estudiantes de la Biblia no deben dejar de prestar atención al significado preciso de las palabras bíblicas. Los estudios de las palabras mismas pueden ser muy gratificadores; palabras como "fe", "salvación", "justicia", "amor", "espíritu", "gloria", "iglesia", y muchas otras son fascinantes.

Estos puntos pueden ser resumidos en lo que se ha venido a llamar el método histórico-literario de interpretación bíblica. Este método significa simplemente, en las palabras de Packer, que "el sentido natural y propio de cada pasaje (es decir, el sentido intencionado del escritor) debe ser considerado fundamental". El punto de partida es el significado intencionado de las palabras en su propio contexto y en el habla del autor u orador original.

En otras palabras, las afirmaciones de las Escrituras deben ser interpretadas a la luz de las reglas de la gramática y el discurso, por un lado; y de su propio lugar en la historia, por el otro. Esto es lo que sería de esperar según la naturaleza del caso, sabiendo que los libros bíblicos se originaron como documentos ocasionales, dirigidos a un público contemporáneo; y está ejemplificado en la exposición que el Nuevo Testamento hace del Antiguo Testamento, donde brilla por su ausencia la alegorización antojadiza practicada por los filisteos y los rabinos.<sup>5</sup>

El principio se basa en el hecho de que la Biblia es la Palabra de Dios en lenguaje humano. Significa que las Escrituras deben interpretarse en un sentido natural, y que no debe permitirse que las preferencias teológicas y culturales oculten el significado fundamental.

## **RESPONDIENDO A LA PALABRA**

Tercero, la Biblia nos fue entregada por Dios para provocar una respuesta personal en nosotros. Si no permitimos que esto suceda, inevitablemente la estaremos usando mal (aun cuando la estudiamos) y podremos malinterpretarla.

En cierta oportunidad Cristo le dijo a los líderes judíos de su día: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida. Gloria de los hombres no recibo. Mas yo os conozco, que no tenéis el amor de Dios en vosotros. ...Cómo o podéis vosotros creer, pues recibis gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único? (Jn. 5:39-42,44).

Nadie podría acusar a los judíos de la época de Cristo de tener una baja opinión sobre las Escrituras, ya que las tenían en muy alta estima. Tampoco se les podría inculpar de una falta de estudio meticuloso. Los judíos estudiaban las Escrituras. Las apreciaban. Sin embargo, su alto aprecio por las Escrituras había pasado por alto la intención de las Escrituras: sus vidas no habían sido transformadas. Si bien gozaban del aplauso humano por su conocimiento detallista de la Biblia, no habían obtenido la salvación.

En el evangelio de Juan se nos narra sobre la curación de un hombre que había nacido ciego. La historia gira sobre el hecho de que, como todos, también estaba espiritualmente ciego antes que Cristo lo tocara. Después, adquirió la vista espiritual.

Cuando el hombre fue sanado, tuvo un conflicto con las autoridades judías. Estas conocían a Jesús, pero no le creían. Es más, no creían en él por su actitud hacia las Escrituras. Para ellos, la revelación registrada en el Antiguo Testamento era un fin en sí misma. Nada podía ser agregado y nada era necesario. Ellos decían: "Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a ése, no sabemos de dónde sea" (Jn. 9:29). El hombre que había sido sanado no intentó competir con ellos en materia de dominio del Antiguo Testamento, pero les señaló el hecho incuestionable de su curación, y concluyó diciéndoles que "si éste no viniera de Dios, nada podría hacer" (vs. 33). Al tratar al Antiguo Testamento como un fin en sí mismo, los judíos lo estaban pervertiendo en realidad y el verdadero significado se les escapaba. No podían entender que la ley del Antiguo Testamento (que vino por intermedio de Moisés) estaba testificando precisamente sobre Jesús.

Lo mismo vuelve a suceder cuando una persona compra una hermosa Biblia para colocarla en un sitio de honor en su casa pero no la lee. ¿Por qué hacen tales cosas las personas? En sus mentes, la Biblia es algo especial. Tienen reverencia por la Biblia. Pero su creencia no es más que superstición. Como resultado, nunca la leen y nunca entran en contacto con su Autor.

Jesús dijo que conoceríamos la verdad sobre él sólo si hacemos su voluntad, si permitimos que las verdades que encontramos en las Escrituras nos transformen. Él dijo: "El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta" (Jn. 7:17). No podemos suponer que seremos capaces de comprender en su totalidad un pasaje de las Escrituras si no estamos dispuestos a ser transformados por él.

## EL TESTIMONIO INTERIOR DEL ESPÍRITU

Por último, tenemos el testimonio interior del Espíritu que nos testifica sobre la verdad de la Palabra de Dios. En este punto las Escrituras hablan de forma sucinta. No sólo el Espíritu Santo intervino activamente en la redacción de los libros bíblicos, sino que también participa activamente en transmitir la verdad de la Biblia a las mentes de los que la leen. Pablo escribe: "Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual" (1 Co. 2:12-13). La Biblia trata temas espirituales, y por lo tanto, se requiere de la actividad del Espíritu Santo para poder entenderlos. El Espíritu Santo es el maestro de los cristianos. Él es quien hace brotar la nueva vida en los que escuchan el evangelio.

Debemos orar cuando estudiamos las Escrituras, y debemos pedirle al Espíritu Santo que ilumine nuestros corazones. La presencia del Espíritu no está para que un estudio cuidadoso y diligente de la Palabra de Dios sea innecesario. Está para que nuestro estudio sea efectivo.

Dios habla en la Biblia. Debemos permitirle hablar, y debemos escuchar lo que nos dice. Un día, en plena Reforma, a Martín Lutero se le solicitó un autógrafo en la contratapa de una Biblia, como solía suceder luego de la publicación de su traducción. Tomó la Biblia y escribió la cita de Juan 8:25. "¿Tú quién eres? .. Lo que desde el principio os he dicho". Y Lutero agregó:

Ellos.., desean saber quién es él y no considerar lo que tiene para decir, mientras que él desea que ellos primero le escuchen; y luego sabrán quién él es. La regla es: Escuchar y permitir que la Palabra sea quien comience; luego vendrá el conocimiento. Sin embargo, si no escuchamos, nunca conoceremos nada. Ha sido decretado: Dios no puede ser visto, conocido o entendido sino sólo mediante su Palabra. Por lo tanto, cualquier cosa que uno tome por salvación fuera de la Palabra de Dios es en vano. Dios no responderá a eso. No lo aceptará. No lo tolerará de ninguna manera. Por lo tanto, encomiendo este Libro, en el que él habla con nosotros; ya que él no permitió que fuera escrito sin ningún propósito. No quería que lo dejáramos descansando en el olvido, como si estuviera hablando con los ratones debajo del banco o con las moscas en el púlpito. Debemos leerlo, meditar, hablar sobre él, y estudiarlo, convencidos de que él mismo (no un ángel o una criatura) está hablando con nosotros.<sup>6</sup>

Aquel que lee la Biblia en oración, con meditación y con el corazón abierto, descubrirá que es la Palabra de Dios y que es "útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Ti. 3:16-17).

---

### Notas

1. Francis Bacon, "Of Studies," *Essays or Counsels Civil and Moral* en *Selected Writings of Francis Bacon*, ed. Hugh G. Dick (New York: Modern Library, 1955), p. 129.
2. Packer, "Fundamentalism" and the Word of God, p. 84.
3. Frank E. Gaebelien, *Exploring the Bible: A Study of Background and Principles*
4. (Wheaton, Ill.: Van Kampen Press, 1950), p. 134. 4. *Ibid.*, pp. 138-139.
5. Packer, "Fundamentalism" and the Word of God, pp. 102-3. 6. Lutero, *What Luther Says: An Anthology*, vol. I, p. 81.